

**El arte de nadar y guardar la ropa o tres calas en el  
VII Festival de Teatro en la Villa del Caballero,  
Olmedo Clásico**  
*La tempestad* (cía. Barco Pirata), *La gran Zenobia* (cía.  
Galo Real Teatro) y *Yo soy don Quijote de la Mancha* (cía.  
Metrópolis Teatro)

Guillermo Gómez Sánchez-Ferrer  
Universidad Complutense de Madrid – ITEM  
[guillermo.gomez@filol.ucm.es](mailto:guillermo.gomez@filol.ucm.es)

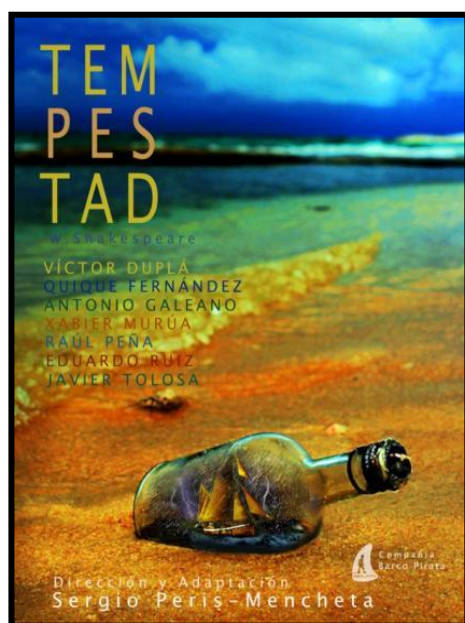


Del 20 al 29 de julio de 2012 ha tenido lugar, por séptimo año consecutivo, el Festival de Teatro Clásico de la villa de Olmedo que ha comprendido en esta edición la representación de nueve espectáculos distintos, la celebración de las Jornadas sobre teatro clásico en que se vienen dando cita –verano tras verano– académicos y teatreros para intercambiar impresiones sobre la actualidad del mundo escénico, el curso de interpretación que hoy lleva el nombre del fundador de Teatro Corsario y varias exposiciones que ayudan a conocer mejor la historia del teatro clásico en España.

Entre las funciones que los amigos de la villa vallisoletana han podido disfrutar se encuentran algunos de los más laureados montajes del momento: desde las *Farsas y Églogas* de Lucas Fernández a las que han dado nueva vida los integrantes de Nao d'Amores hasta la reciente *Celestina* de Atalaya y la revisión de *El médico de su honra* de un nuevo Teatro Corsario que sigue su personal actividad teatral desde el recuerdo del fallecido Fernando Urdiales. En este contexto, los asistentes a las Jornadas de este año guardarán en la memoria una experiencia teatral muy particular, marcada tanto por las calles que vieron morir –según la seguidilla recogida por Lope de Vega– al caballero que fue «la gala de Medina, / la flor de Olmedo», como por una lluvia de amenazante presencia que tiñó el ambiente de tonos plomizos y dejó cierta sensación otoñal a los espectáculos teatrales.

En el ecuador del Festival, recién llegados a tierras vallisoletanas los participantes en las Jornadas, el público noctámbulo de la villa saludó con calor la versión de *La tempestad* shakespeariana de la compañía Barco Pirata, dirigida por un Sergio Peris-Mencheta cuya faceta como director teatral ha quedado demasiado eclipsada por su carrera ante las cámaras. El espectáculo sorprendió por su manera de entender el texto que la crítica considera el testamento literario del Bardo, dejándose llevar por un Shakespeare más cómico que ese al que nos tienen acostumbrados los directores y que el grupo aborda, como ellos mismos sostienen en la descripción que encabeza la web de la compañía, «jugando, alejándonos de la presión por encontrar el resultado y confiando en que será el resultado el que nos encuentre a nosotros».





Su manera de trabajar, que esconde mucho de taller de investigación, dota su concepción del teatro de una frescura y comicidad incuestionables que les han permitido alcanzar algunos hallazgos estéticos y líricos muy propios del universo de Shakespeare. La puesta en escena camina a favor de una ambientación marcadamente irreal donde se integran el símbolo teatral con la música contemporánea (a ritmo de blues y

entre canciones pop), la máquina teatral más tradicional con la proyección de vídeo y un espacio sonoro –en directo– lleno de evocaciones simbolistas y, por último, un texto poético repleto de imágenes con una capacidad de improvisar e interactuar con el público que ayuda a dar verdad al espectáculo.

Es probablemente el aspecto visual el más destacado del montaje, combinando de manera muy orgánica la acción en escena con las proyecciones y los efectos especiales, quizá porque todos ellos suceden ante los ojos del público. Los vídeos, cuando no hacen las veces de telón de fondo, son proyecciones de la acción que está sucediendo en escena, focalizaciones de un elemento que queda disociado en dos planos: el propiamente escénico y el limitado por la pantalla. El naufragio inicial, por ejemplo, aparece contado desde una perspectiva más tradicional, a partir de la escena que tiene lugar entre los marineros dentro del barco, y desde un punto de vista más objetivado y cinematográfico, propio de quienes ven la escena desde fuera (sean Próspero y Miranda o sea el propio espectador), en que un cubo de agua y una cáscara de una nuez (que constriñe como prisioneros de la razón y de las convenciones sociales a los recién llegados a



la isla de Próspero igual que a Hamlet le angustia una Dinamarca de la que no puede librarse) son suficientes para crear una auténtica tempestad.

El trabajo de investigación de los actores y el sentimiento de compañía, que derivan constantemente hacia el juego metateatral, hacen de esta una de las versiones del texto del Bardo en donde más prima la interacción con el objeto y entre los propios actores (además de estos con el espectador). El texto, lleno de coloquialismos y de añadidos, se entrega de una manera muy próxima al modo de hacer de la Commedia dell'Arte. Con su adaptación para seis actores (y ninguna actriz), la obra de Shakespeare cobra una vida llena de energía y buen humor que emana de los actores a raudales. Resulta difícil destacar, de entre ellos, la verdad de la Miranda de Quique Fernández por encima de la fisicidad del Calibán de Javier Tolosa o la lúdica triple visión de Ariel por encima del jocoso Trínculo de Xabier Murúa.

Si algo destaca en este montaje es la organicidad con que están integrados todos los elementos: música (en directo), efectos teatrales y visuales, estilo actoral y dramaturgia. Tal es la energía que emana del conjunto que no faltaron voces en Olmedo que les achacaban a ellos las tormentas que interrumpieron la representación al aire libre, en la corrala del Palacio del Caballero, y nos privó de presenciar resolución de los conflictos ideada por este Barco Pirata. Aun así, quedaron claros tanto su propuesta como ese espíritu inquieto que, en sus propias palabras, «nos sigue guiando por las tormentosas aguas de la escena» (...también en su sentido más literal).





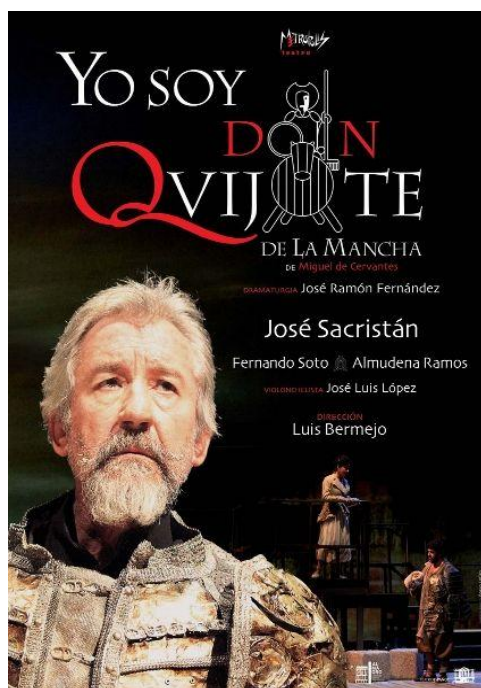
*La tempestad*. Actores y técnicos intentan proteger aparatos y decorado de la lluvia



La segunda de las funciones que acompañaron las jornadas de estudio de «Los últimos clásicos» vino de la mano de la compañía Galo Real Teatro. Su versión de *La gran Zenobia* de Calderón tuvo que refugiarse *–in extremis*, ante la insistencia de la tempestad despertada en Olmedo– en los escenarios del Centro de Artes Escénicas San Pedro pero el cambio no impidió que su director, Gustavo Galindo, captara la atención y la benevolencia del público con una presentación metateatral y canalla. Desgraciadamente la complicidad que el carácter de Galindo pudiera haber suscitado en los asistentes no fue suficiente para mantener su atención durante la hora y media de la obra.



Aunque con algunos hallazgos interesantes en lo que respecta al movimiento escénico y a las coreografías que representan las batallas del texto calderoniano, la propuesta no terminó de convencer al auditorio. Quizá una dramaturgia algo oscura (de una comedia aún más oscura), la adjudicación –no suficientemente delimitada– de dos personajes a un mismo actor, su eclecticismo estético y técnico o las propias vicisitudes meteorológicas que obligaron a cambiar de espacio en el último minuto jugaron en contra del montaje. La «cercanía y simplicidad» –según se puede leer en el programa de mano– con que se quiso presentar el espectáculo no fueron suficientes, a pesar de la solvencia de los actores, para transformar los petos y cascos, que desde el principio de la obra miran amenazantes la acción desde el fondo del escenario, en presencias fantásticas y legendarias como las que Calderón soñó.



Fue necesario esperar a la última noche de las jornadas, aún sin apartar la vista de los cielos, para asistir al deseado regreso de José Sacristán a la piel de don Quijote. *Yo soy don Quijote de la Mancha*, en dramaturgia de José Ramón Fernández, devolvió a las tablas al personaje más inmortal de nuestras letras hispánicas y lo hizo, desde la fidelidad al texto de Cervantes, apelando a la memoria entrañable de ese «hombre de la Mancha» que ya paseó por las tablas de los principales teatros españoles –en castellano y en la voz de Sacristán– su sueño imposible para disfrute de los espectadores del siglo pasado.





La propuesta actual se instala a medio camino entre el juego metateatral –una vez más– y la narración (siempre a dos voces) de algunos de los episodios más auténticos –y menos populares– de Quijote y Sancho: desde la aventura de los batanes a la del bálsamo de Fierabrás pasando por el encantamiento de Dulcinea. Su intención, con todo, no es tanto levantar un espectáculo jocoso sobre un loco manchego como potenciar la ternura y la bonhomía de nuestro caballero andante más internacional. Para ello, el texto presenta una estructura más propia de la novela que del teatro que gira en torno a las tres vueltas a la residencia de Alonso Quijoano Allí les espera una soñadora Sanchica interpretada por Almudena Ramos que es, sin duda, el hallazgo más original de la función. Es este personaje, apenas esbozado por Cervantes, el que se nos presenta como el nexo de unión entre la vida en el Barroco y las nuevas generaciones (público potencial de este *Yo soy don Quijote de La Mancha*, a fin de cuentas). Es precisamente la hija de Sancho quien hace las veces de maestro de ceremonias, guiando los ojos de los asistentes de la realidad histórica de la España de los Austrias a la recepción crítica de algunos de los lectores más aventajados de las aventuras del Caballero de la Triste Figura (entre ellos, Antonio Machado o León Felipe) conforme ella misma se pasea por la plataforma que ocupa el centro del escenario.

Para conseguir su objetivo, el montaje maneja un lenguaje marcadamente teatral en que el extrañamiento también tiene su papel. Es la doble perspectiva que concede la presencia –a la vez– del hidalgo manchego y de un Pepe Sacristán «poco flaco para hacer el Quijote» –como le recrimina su compañero de reparto Fernando Soto, que encarna a un Sancho Panza de sabiduría refranera a la altura de su señor– la que permite conectar mejor con un público que se siente cómplice de esta glosa del *Quijote*. Un Rocinante hecho con un tonel, una escoba que se transforma en espada y los guiños constantes que propicia la puesta en escena (proyecciones, música en directo con el violonchelista José Luis López...) favorecen el diálogo con los asistentes. Con esta versión se ha conseguido dar nueva vida escénica a



unos personajes que campaban ya sin límites por el imaginario colectivo sin perder en ningún momento el referente textual y sin quedar demasiado apegados a la recreación arqueológica de una obra de más de cuatrocientos años.

La vuelta a la novela para construir esta adaptación dota al espectáculo de un carácter didáctico y sencillo poco habitual en las recreaciones modernas de las aventuras de don Quijote que ayuda a transmitir su mensaje sin artificios. El resultado, sin embargo, puede dejar la sensación de haber visto una función demasiado conocida para quienes han leído (y releído) la prosa cervantina con atención. Sea como fuere, lo cierto es que nunca es un mal momento para recordar –como hace José Ramón Fernández– que «necesitamos creer que hay locos capaces de soñar que pueden ayudar a los otros y que eso vale la pena, y que hay cuerdos tan limpios que son capaces de ayudar a esos locos y de acabar soñando como ellos».

Y al fin, acabadas las jornadas, con el teatro rebosando todavía por las costuras de nuestras maletas, recelosos aún del tiempo lluvioso y con la vista puesta en el vecino agosto, abandonamos Olmedo los participantes de esta séptima edición del Festival. La ocasión demostró una vez más que el teatro del Siglo de Oro sigue vigente y que los fieles acudimos a la cita (llueve o truene) cuando se nos convoca. Los imprevistos y las inclemencias meteorológicas no son un problema pues, como todos los lectores de Lope de Vega sabemos, «la gala del nadar es saber guardar la ropa». Empapados por la tormenta o resguardándonos del agua al lado de Benjamín Sevilla Herrán y Germán Vega García-Luengos pudimos comprobar que todo el equipo que está detrás del Festival conoce con creces ese adagio. Los resultados académicos lo avalan y las funciones les dan la razón con rotundidad. Quienes todavía no las hayan visto, tienen una cita con Nao d'Amores, con Teatro Corsario, con Barco Pirata, con Metrópolis... y todos





nosotros tenemos una cita con nuestro teatro áureo en Olmedo el verano que viene.

